

Cuento de Ademmar Alves

LA PALA

Tico y Hugo son inseparables. La amistad de los nueve años son las más firmes. Sobre muchas cosas se va perdiendo la inocencia y un afirmar la personalidad solidifica los sentimientos.

En una tarde estival de esquina sin árboles, juegan aplastados contra la pared de la casa de Hugo, a cual le tapa primero la magra sombra de la casa. Por la calle de pedregullo se percibe el tranco de sueco de madera del Toribio. Vecinos de ambos. Fuertes reflejos se desprenden de los dientes de la flamante pala comprada hace unos días por Doña Maria, esposa de Toribio.

Todo el barrio sabe los esfuerzos de esa mujer. Trabaja todo el día en diferentes lugares y es reconocida como la más hombre del pueblo. Pero no es por dar una sensación hombruna. Es muy femenina a pesar de los desgastes del tiempo y el sacrificio. Todos dicen que los trabajos la va a matar. Ella se ríe mostrando tímidamente sus pocos dientes, y siempre responde "el trabajo no mata m' hijo, lo que mata son los disgustos".

Todos saben, porque comentar en el almacén del barrio es más eficiente que la prensa, que sacó de fiado en lo de Brysk esa pala de dientes y una asada. Quiere cambiar su rumbo. En vez de andar chancleteando de trabajo en trabajo, hará una quinta en su inmenso terreno. "Entre la verdura, gallinas y

mis crochet..." Nunca termina las frases. Si fuera literaria se podría decir que es maestra de los puntos suspensivos. Los niños miran a Toribio con la pala. Cuando hay una buena amistad e identificación en los sentimientos, las palabras no siempre son necesarias. Los dos, lentamente desprenden sus hondas de los cuellos transpirados. Aún sin moverse rastrean con la mirada, buscando piedras calibradas para ponerse en acción.

Siguen a prudente distancia el taconear de Toribio que se para en cada casa mostrando su flamante pala. Todos saben la procedencia y que vende para comprar caña. Pero no todos son fuertes como para rechazar una "pichincha".

Los niños a prudente distancia hacen señas para que no la compren porque es robada. Para algunos la negativa no es por las señas. Es porque esos niños son testigos que los dejarán "pegados". Así el Toribio hace cuadras y cuadras. Sin ver la cola justiciera que frustra sus planes. Lentamente vuelve a su casa. Hoy no habrá caña. Los niños se van para la esquina. Con sonrisas traviesas de haber pasado la tarde. Nunca se les pasó por la cabeza su protección de los intereses de la anciana. Los instintos justicieros para los niños no son nada.

Ademmar Alves